

los Borgo inventa la cifra parlante y nos dá el telégrafo; los Bresciani inventan las bombardas; Nicolás Tartaglia encuentra el cuadrante para señalar los grados al apuntar los artilleros sus cañones; Marchi hace invenciones estupendas en la arquitectura militar "Preguntadle ahora á la Historia ¿de qué Patria son? y ella os responderá: Son italianos, y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones.

En otra página nos señala otro grupo de personajes insignes. Leedla. "Francisco Lana dice, inventa la barca volante y anticipase así á los globos aereostáticos de Mongolfier; Guido Aretino nos dá un nuevo mecanismo de la escala musical; Francisco Niguelli inventa el timbal "omnicorde," Bartolomé Cristófori inventa el piano; Benedicto de Siena halla los primeros elementos de la imprenta; Guillermo Selandino y Jacobo Don-di, inventan el relox de las torres para uso público." Preguntadle á la Historia: ¿de qué patria son? y ella os responderá: son italianos y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones.

En seguida os indica otra página en que aparecen nombres noménos brillantes. Leedla. "Evangelista Torricelli, dice, descubre el peso del aire; Vesalio, Falloppio y Eustaquio fundan la ciencia de Fisiología animal; Luis Galvani halla una nueva teoría sobre la electricidad de los cuerpos; Alejandro Volta inventa la pila que lleva su nombre; Vallisnieri descubre el verdadero origen de las fuentes; el Dr. Bellengeri, antes que Sir Carlos Bell descubre una doble série de nervios en el tejido humano: una para la sensación y otra para el movimiento. "Preguntadle tambien á la Historia: ¿de qué Patria son? y ella os responderá: Son italianos, y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones. Y para no cansaros, dirijid una última mirada á esos otros nombres que con fulgores extraordinarios brillan tambien en sus páginas inmortales: Galileo, Cassini, Maraldi, Schiapparelli y el ilustre P. Secchi. Son italianos, y bajo la sombra de la Igle-

sia hicieron grandes descubrimientos en el orden matemático y astronómico. Pero ¡ah! aquí la impiedad levantando su voz parece que nos dice: acabais de nombrar á Galileo. ¿Pues qué, no fué perseguido en sus descubrimientos por la Iglesia Católica? ¿No fué cruelmente torturado? Ni lo uno ni lo otro, le responderémos con firmeza con el Cardenal Alimonda. (1)

Galileo antes de que viera levantarse en Roma la señal de la contradicción, antes de que sufriese ninguna condena, contaba ya setenta años; habia, pues, podido tranquilamente, aun con la amistad y concurrencia de sacerdotes, de frailes y de obispos penetrar en las interioridades de la literatura italiana, griega y latina, estudiar con éxito la pintura y la música, hacerse grande en la Filosofía, en la Geometría, en la Optica, en la Hidrostática, y como profesor de Astronomía, desempeñar su cátedra en las Universidades de Pisa y Florencia; habia podido inventar su péndulo, descubrir la ley del movimiento rectilíneo y aun del curvilíneo, ó sea, de los proyectiles; habia podido determinar las bases de la Mecánica, construir el termómetro, la pequeña balanza hidrostática, el compás de proporción, el microscopio y el telescopio y con esto descubrir algunas estrellas, las manchas del Sol, las fases de Marte y de Venus; habia podido imprimir libros de ciencias maravillosos y tejer en suma la diadema de su gloria inefable. Ahora bien; por ninguno de tales estudios, y por ninguno de tales descubrimientos habia sido llamado á Roma con el fin de que respondiera; por el contrario, cuando fué á Roma y reveló sus descubrimientos, fué altamente honrado, y el Cardenal Barberini escribió poemas relativos á él en su estilo más noble. La Iglesia, por lo tanto, en Galileo no persiguió al génio descubridor de las verdades físicas.

Empero ¿en dónde dejamos á Galileo descubridor del movimiento de la tierra en torno del sol, y por esto reprobado en Roma? Mentira; no fué Galileo el des-

[1] Obra citada, pág. 255.

cubridor del movimiento de la tierra; tal hermoso descubrimiento ya estaba realizado dos mil cuatrocientos años antes de que naciera. El griego Filolao y los sacerdotes egipcios enseñabanlo á sus discípulos; tres siglos depues, dos mil cien años antes de Galileo, Pitágoras y sus discípulos griegos, sicilianos y latinos, como tambien Arquímedes y Cicerón despues, llenaban con aquel grito Africa, Asia y Europa. Y viniendo á los días de Galileo, la rotación de la tierra en torno del sol era predicada en la misma Roma por Copérnico, con aplauso de los Papas que le querian catedrático de aquella Universidad, Tratábase, por lo tanto, de una cosa que no era nueva para los doctos. Ahora bien, á fin de aplicar verdaderamente lo nuevo en esta parte, era preciso probar la teoría relativamente al movimiento de la tierra, que se habia anunciado en muchas edades, pero siempre faltaban pruebas. El mismo Galileo no podía darlas. Seguro de su descubrimiento de las manchas solares, procuraba con ahinco inferir de ahí el movimiento de rotación eclíptico de la tierra; encomiado por pocos, lograba las burlas de los eruditos y aun la reprensión de sus cultos amigos. Entonces, á fin de hallar la prueba necesaria, defendia un error; del flujo y reflujo del mar, queria inferir el movimiento orbicular y zodiacal que la tierra posee. En tal error era tan pertináz que maravillábase grandemente y le censuraba su amigo Kepler que atribuía el flujo y reflujo del mar á la influencia de la luna. En tal virtud, observa Lalande, que ninguna prueba real y satisfactoria se tenia entonces del ventilado sistema astronómico, lo cual no se consiguió hasta varios años despues.

¿Por qué fué, pues, Galileo condenado en Roma? En breves palabras diremos, (1) que en el fondo este filósofo no fué condenado por *buen astrónomo* sino por *mal teólogo*, pues habia querido mezclarse en explicar la Biblia, lo que sólo compete á la autoridad de la Igle-

[1] Cosmografía por Enrique M. Cappelletti, pág. 82 not. 1ª

sia, sosteniendo que eran falsas en su sentido propio las palabras de Josué: ¡Sol detente! De modo que si Galileo persistiendo en su opinión hubiese defendido como hipótesis el movimiento de la tierra, como lo habia hecho Copérnico, sin entrar en discusiones de hermenéutica que no le pertenecían, el Tribunal de la Inquisición no habría tomado parte en este asunto. En efecto, sabemos por la historia que antes de publicar en Florencia sus Diálogos, habiendo tenido una conferencia con el Cardenal Belarmino, éste le aconsejó é insistió mucho, en nombre de la Santa Sede, en que no hablase más de la pretendida armonía entre la Biblia y Copérnico, sin que por esto renunciara á ninguna hipótesis astronómica. Pero Galileo persistió, á fin de que la Iglesia abrazara un sistema no demostrable y contradictorio á lo literal de las Sagradas Escrituras, y constreñía las Escrituras dentro de los confines de su teoría, más bien que ésta dentro del sentido admitido de las Sagradas Escrituras. Considerando los tiempos en que sucedió esto, dice el Cardenal Wiseman, [1] y el cuidado con que se vigilaba relativamente á las innovaciones religiosas (aquí no se trataba de un dogma católico, pero estaba envuelta en ello la verdad de las Escrituras) no debe maravillar que una persona que así patrocinaba una teoría que no podia demostrar, condenada fuese al silencio. Galileo entonces escribió una obra mordacísima mostrando su desprecio á la sentencia, y á esto siguió la condenación, no de la Iglesia, sino de un Tribunal particular cuyo modo de proceder fué combatido con injusta exageración. Por consiguiente, Galileo no fué nunca conturbado por ninguna cosa de las que hizo, ni por ninguno de sus descubrimientos científicos, sino sencillamente por el modo de defender una opinión que en esa época, no pasaba de ser una hipótesis, pues no habia razones que la demostrasen y las que aducía Galileo eran falsas. Sin embargo,

[1] Discurso sobre la influencia del Catolicismo.

para que se vea cuán falso es que la Iglesia se haya opuesto á ese descubrimiento, el año mismo que vió la condenación de Galileo la corte romana, no dejó medio alguno para que fuera á la Universidad de Bolonia el famoso Kepler, el cual no solamente habia abrazado la opinión de Galileo sobre el movimiento de la tierra, sino que daba además un firme apoyo á esa opinión por la autoridad de sus inmortales descubrimientos. Además, refiere Rohzbarcher, y Tiraboschi ha demostrado en tres interesantes disertaciones, que los Soberanos Pontífices, léjos de retardar el conocimiento del verdadero sistema del mundo, al contrario, lo han favorecido grandemente, y que durante dos siglos enteros, tres Papas y tres Cardenales sucesivamente sostuvieron, animaron y recompensaron, no solamente á Copérnico, sino también á diferentes astrónomos, sus precursores, más ó menos felices que Galileo. De manera que “á la Iglesia Romana, son sus palabras, se debe en gran parte el verdadero conocimiento del sistema del mundo.”

En cuanto á las torturas que tanto decantan los incrédulos que sufrió Galileo, nada dirémos, pues él mismo desmiente esta calumnia en una carta que escribió al famoso Padre Ranieri, discípulo suyo, y que puede verse íntegra en la exquisita Obra del P. Mendive, titulada: “La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas,” pág. 267.

En vista de esto, ¿tendrá todavía valor la impiedad para mentir con tanto descaró? ¿Se atreverá á seguir insultando á la Iglesia llamándola enemiga de la civilización y del progreso?

Si áun todavía se atreviese á dirigirle estos insultos, bastaría para acabarla de confundir señalarle el Vaticano. En ninguna época, por cierto, podría la Iglesia dar ménos pruebas de su ardiente celo por difundir la verdadera civilización, que en la época presente, en que la impiedad la ha despojado de todos los elementos necesarios. Sin embargo, en medio del estruendo de las

olas que sin cesar levanta en torno suyo, en medio del continuo crujir de las cadenas con que intenta detener su gloriosa y triunfante marcha, se oye la voz del gran Pontífice Leon XIII que desde lo alto del Vaticano dice á todas las naciones: “Mirad, no se ha borrado de la frente de la Iglesia el lema divino que ha brillado siempre en ella con fulgores celestiales: *Soy la Madre de la verdadera civilización* y del progreso. Por lo mismo, á mi voz, marchad, marchad sin miedo por esas hermosas sendas que abro á vuestros ojos.” Y á la verdad, la breve historia de su glorioso Pontificado, ofrece tantos triunfos de la Iglesia en pro de la civilización, cuantas son sus brillantes páginas. Apenas sube al sólio Pontificio, cuando comienza á asombrar al mundo con sus admirables Encíclicas. Son un torrente de elocuencia que se desborda bajo los rayos de la más alta y sublime Filosofía. ¡Qué conocimiento tan profundo revelan de la época actual y de sus necesidades! ¡Qué tacto tan exquisito para tocar todas las llagas de la sociedad y curarlas! ¡Qué admirable consorcio de dulzura y de firmeza cuando habla á los Soberanos y á los Pueblos! ¡Qué ardiente deseo del bien y qué inagotable caridad! Nada de esto es extraño para quien posee como él, una inteligencia tan grande y un corazón tan noble.

No parece sino que en su pecho se ha venido á albergar todo el celo que abrazara á sus ilustres Predecesores por difundir la verdadera civilización, y hacer florecer las ciencias en el campo de la Iglesia. Él ha emprendido la obra gigantesca de restaurar la Filosofía cristiana, segun el espíritu de Santo Tomás. Él ha dado á la Literatura poderoso impulso, colocando en alto honor el estudio de los clásicos griegos y romanos. Él ha dado á la Astronomía, Física y Química extraordinario vuelo, dotándolas de un excelente observatorio en el alcázar de su misma prisión, y de un magnífico Gabinete en la Universidad de la Propagación de la fé. Y para que nada faltase á esta grande O-

bra civilizadora, funda la Academia romana de Sto. Tomás; establece en la Biblioteca Vaticana las cátedras de Paleografía, Historia comparada y Filosofía de la Historia; pone á disposición de todos los sábios los grandes tesoros científicos que allí se encierran para que ilustren la verdad en fuentes puras y abundantes. y recompensa el mérito científico, honrando con la púrpura cardenalicia á los ilustres sábios: Pecci, Zigliara, Hergenroether y Mazzela. Esto es por lo que hace á Roma. ¿Qué diremos de tantas otras obras de verdadera civilización que su celo infatigable ha planteado en las demás Naciones?

Los gloriosos hechos de su Pontificado, en circunstancias tan desfavorables, vienen á completar ese cántico hermosísimo que con elocuente voz entonan al través de todos los siglos y de todos los pueblos los monumentos que han recibido el soplo de la civilización, proclamando á la Iglesia "La verdadera civilizadora de las Naciones."

Por lo mismo, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, ya podréis comprender por todo lo expuesto, á quién corresponden propiamente los epítetos de "fanatismo" oscurantismo y retroceso que sin cesar atruenan nuestros oídos. No es á la Iglesia, no. Es á la impiedad á quien pertenecen legítimamente como frutos de su cosecha. El inmortal Pio IX bajo cuya sombra en vano intentan refugiarse los sectarios, pues que debían recordar que fué siempre para ellos el martillo que les descargó rudos y certeros golpes, condenó en el "Syllabus" la siguiente proposición:

"El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, con la libertad y con la civilización moderna;" "por lo mismo la contradictoria será la verdadera;" "No hay reconciliación posible entre la Iglesia y las ideas modernas de progreso, de liberalismo y de civilización." Mas ¿cuál es la civilización que el Papa condena? No es, por cierto, la que tiene por objeto perfeccionar al hombre bajo el triple respecto que

hemos indicado, y con la debida subordinación entre sí. No; á esta civilización la Iglesia le abre los brazos y la prohija con indecible ternura. La civilización que Él condena es la que la impiedad pregona, y que en último análisis no tiene otra mira que destruir el Cristianismo, y con él, todos los bienes de que nos ha enriquecido. Esta civilización, no obstante los pomposos títulos con que se engalana, no es otra cosa que un verdadero fanatismo, oscurantismo y retroceso; porque además de esa exaltación viva del ánimo que siempre la acompaña, en el fondo no se compone que de opiniones falsas ó exageradas. Ella destierra de sus dominios á Dios y á la revelación, y con esto apaga el brillo del progreso intelectual. Roba al hombre las esperanzas de la vida futura, y con esto marchita y esteriliza el progreso moral. Rompe, finalmente, todos los diques á las pasiones, y con esto precipita á la sociedad á los más deplorables excesos, dejándola sumergida en aquel lastimoso estado de donde la vino á sacar el Cristianismo. ¿Y esto no es caer en un verdadero fanatismo, oscurantismo y retroceso?

Gracias, pues, mil y mil, debemos dar á Dios Ntro. Sr. porque nos hallamos en el seno de la Iglesia Católica en donde se encuentran todos los bienes que forman la verdadera civilización más grande y más perfecta. Jamás abandoneis su dulce regazo, aun cuando lleguen á vuestros oídos las seductoras voces de las Sociedades secretas. Ellas os dirán: venid á nuestro seno; nuestro fin no es otro que ejercer la beneficencia y reunirnos para auxiliarnos. "Hijos míos, responde á esto el P. Franco; habréis oído muchas veces esta réplica, como la he oído yo; medítadla, empero, un instante. ¿Os parece posible que á la luz del cristianismo, en el seno de la sociedad católica, sea necesario esconderse y reunirse con secretos juramentos, sólo para hacer bien al prójimo, amarse y protegerse mutuamente? ¿Ha prohibido la Iglesia la caridad, ó por el contrario, la quiere y la recomienda, constituyendo

el asunto de sus predicaciones sempiternas? ¿Ha existido acaso algun Gobierno que haya vedado á los hombres amarse y protegerse, para que sea preciso hacerlo á escondidas? ¿A quién persuadirán tales extrañezas?" Por beneficio de Dios, la Iglesia iluminada por el Espíritu Santo, no ignora cuál sea el verdadero espíritu de esas sectas; lo sabe perfectamente bien, y su juicio está plenamente confirmado con el proceso riguroso, exacto y completo que ha formado sobre ellas. Por esto las reprueba y las condena con perfecto conocimiento de causa. Guardaos, pues, de sus astucias. No tengais otra norma de pensar y de obrar que la de la Iglesia Católica, nuestra tierna Madre. Por nuestra parte, no cesaremos de daros todas las instrucciones que creyéremos oportunas, y entretanto, recibid como prenda de nuestro amor, la bendición episcopal que os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Chilapa, el siete de Octubre de 1891.

† **Ramón,**  
Obispo de Chilapa.

Por mandato de S. S. I.

**Pedro M. Moctezuma.**  
Srio.

Esta Carta Pastoral se leerá inter *Missarum solemnia*, en Ntra. Sta. Iglesia Catedral, y en todas las Parroquias y demás Templos de Ntra. Diócesis, el Domingo siguiente ó primer día festivo despues de haberla recibido; y podrá dividirse su lectura en varios días, á juicio de los respectivos párrocos.



00